

Estrategias de resistencia y horizontes comunitarios en las economías populares

Un estudio a partir de las prácticas
agrícolas urbanas en el Área
Metropolitana de Buenos Aires
(2015-2023)



*Mariana Moricz**

Resumen

El presente artículo comparte los hallazgos de la investigación que dio origen a mi tesis de maestría en economía social, realizada entre los años 2022 y 2023. La misma se propuso interpretar el rol que cumplen las prácticas agrícolas urbanas en las estrategias de resistencia desplegadas por las organizaciones de las economías populares del territorio urbano del Área Metropolitana de Buenos Aires durante el período 2015-2023. Como parte de los resultados, se identificaron dinámicas que buscan restituir formas de “lo común”, no solo como modo de organizar los procesos económicos, sino también, como definición de los horizontes políticos de las organizaciones. Al mismo tiempo, se detectó la configuración de territorialidades de la defensa, frente a los dispositivos de despojo y confrontación que los modelos de acumulación vigentes ejercen de manera creciente sobre las mayorías populares. En ese contexto, concluimos que el despliegue de las economías populares adquiere un sentido de

* Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. Proyecto UBACyT “La agricultura y la cuestión ambiental en el Área Metropolitana de Buenos Aires” de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires (coord. Nela Lena Gallardo Araya).

Mariana Moricz es licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Economía Social por la Universidad Nacional de General Sarmiento. Desde 2006 se desempeña en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, promoviendo proyectos para el desarrollo de la agricultura familiar, tanto en ámbitos urbanos como rurales. Correo electrónico de contacto: moricz.mariana@inta.gob.ar

“economías de la resistencia”, en donde, al mismo tiempo que se construye la alternativa, se defiende –o se pretende defender– lo conquistado.

Se utilizó la metodología de estudio de casos múltiples de tipo instrumental desde el enfoque cualitativo. La información recolectada se obtuvo a partir de entrevistas en profundidad realizadas a dirigentes, militantes y trabajadores de las organizaciones sociales seleccionadas, observaciones a campo entre los meses de julio de 2022 y mayo de 2023 y más de quince años de trabajo territorial en el ámbito de referencia.

Palabras clave

prácticas agrícolas urbanas - economía popular - economía de la resistencia

A modo de prólogo

El siguiente artículo sintetiza los hallazgos reflejados en mi tesis de maestría en economía social. La economía social como disciplina comenzó a instalarse en los circuitos de formación académica a partir de la crisis del neoliberalismo en Argentina y América Latina a finales de los noventa. En ese sentido, la investigación estuvo inscripta en los debates acerca de la crisis del trabajo asalariado como mecanismo de integración social en el capitalismo (Castel, 2002; Gorz, 1997), la configuración de modelos sociales excluyentes a partir de la instauración del orden neoliberal en la Argentina (Svampa, 2005) y la respuesta que desde los sectores expulsados del mercado de trabajo dieron origen a las experiencias y movimientos de economía popular como identidad de un sujeto trabajador de nuevo tipo.

A pocas semanas de cerrada la investigación, el contexto del conocimiento y el debate público sobre la cuestión analizada se modificaron por completo. La llegada a la presidencia de la Argentina –sorpresivamente para muchos– por parte de la “ultraderecha *libertaria*”¹ mediante el voto popular redefinió una serie de consensos construidos luego de la crisis de 2001 sobre temas nodales como el rol que le caben a la economía y al mercado en la organización social, la función del Estado y las políticas públicas –en particular, la política social–, el lugar que ocupa la organización popular y el trabajo en la reproducción social de amplios sectores de la sociedad, entre otros.

1 Se trata de una nueva identidad política surgida en Argentina como reacción al ciclo kirchnerista progresista y las coaliciones de derecha que gobernaron la escena pública los últimos veinte años, y en sintonía con los movimientos ultraderechistas europeos de los años recientes. Con fuerte incidencia en las juventudes y sectores transversales de la sociedad (en particular en los sectores populares), este espacio liderado por el economista y panelista de televisión Javier Milei conquista la presidencia con un discurso autodenominado anarcocapitalista, que ubica en la existencia del Estado los males de la sociedad, la necesidad de expulsar a la “casta política” representada en “los políticos” y quienes “viven del Estado”, para dar rienda suelta a las fuerzas del mercado, la iniciativa individual y empresarial como motores del desarrollo. Particularmente apunta contra la política social desarrollada en los años anteriores y a los movimientos sociales que construyeron durante este tiempo alternativas frente a la crisis del trabajo, justamente tema central de este trabajo. La característica anarquista y su doctrina globalista antinacional distinguen a esta experiencia no solo de las ultraderechas contemporáneas, sino también de las tradiciones liberales y conservadoras históricas de la Argentina (Semán, 2023).

No obstante, elementos de ese desenlace ya se habían podido observar en nuestra investigación, como aportes incluidos en el marco teórico de autores como Maurice Lazzarato, Silvia Federici o Nancy Fraser respecto de las características de la crisis del capitalismo a nivel mundial en la actual fase de financiarización, el concepto de “guerra contra las poblaciones” que empieza a configurarse como dispositivo de dominación del capital sobre el trabajo y el desarrollo de estrategias de defensa por parte de las construcciones populares que aquí reflejaremos como “movimientos de la economía popular” ante indicios posibles del retroceso de conquistas alcanzadas en los últimos años.

Teniendo en cuenta estas particularidades, proponemos interpelar los hallazgos del trabajo a la luz de los acontecimientos recientes.

Introducción

El ciclo neoliberal en la Argentina tuvo un momento de ruptura (hoy podemos decir, no definitiva) con el estallido social de diciembre de 2001 que habilitó una nueva etapa política. La crisis del modelo de la convertibilidad en los años noventa y el fenómeno de la desocupación masiva derivó en la resistencia por parte de los trabajadores expulsados del mercado de trabajo, que conformaron diversos movimientos de trabajadores desocupados o “piqueteros”.² En los años posteriores, esta identidad se reconfiguró en torno a la noción de “economía popular” o “economía popular y solidaria” como “economías populares” que cobijaron la emergencia de un nuevo sujeto trabajador, promoviendo intensos procesos de construcción de alternativas ante un modelo social que no lograba ofrecer a las mayorías horizontes de vida exentos de precariedad y con promesas de ascenso social.

En la investigación se abordó la actualidad del fenómeno de estas economías populares y su capacidad de continuar desplegando procesos de resistencia en el tiempo (Gago, 2018), delimitando el objeto de observación en aquellas experiencias que se organizaron en ámbitos colectivos (las que denominamos de manera simplificada “organizaciones”).

El territorio analizado fue el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), particularmente sus zonas más urbanizadas, para profundizar sobre un tipo de prácticas que estas organizaciones desarrollaron con mayor visibilidad en los últimos años. Nos referimos a las “prácticas agrícolas urbanas” presentes en una diversidad de dispositivos de producción, tales como huertas urbanas, polos agroecológicos y ecoparques que ocupan terrenos de grandes dimensiones, donde las organizaciones destinan un importante caudal de recursos materiales y humanos para su sostenimiento.

Estos terrenos son de propiedad estatal y se encontraban en estado de abandono al momento de ser utilizados por las organizaciones. Estas lograron usufructuarlos mediante diversos mecanismos, que van desde la ocupación del terreno a la gestión de permisos para su uso.

² Término que deviene del corte de ruta o “piquete”, que se utilizó como acción de lucha.

Si bien existen antecedentes de prácticas agrícolas urbanas desarrolladas por estos actores, fundamentalmente en el período pre y pos 2001, estas habían cumplido un rol secundario en sus estrategias políticas, más ligadas a la contención social y alimentaria. Durante el período analizado, encontramos que tales prácticas adquirieron un sentido específico, propio de ese tiempo. Siguiendo a Gallardo Araya (2016), quien sostiene que la huerta urbana es “mucho más que alimentos”, nos preguntamos por qué estas prácticas representaron para estos sujetos una estrategia válida en pos de fortalecer sus horizontes de acción en el corto y mediano plazo, de modo tal que se dispusieron a incluirlas dentro de su agenda de prioridades. En otras palabras, nos preguntamos ¿cuál fue el sentido que tuvo para estas organizaciones desarrollar prácticas agrícolas en la urbanidad?

Objetivos e hipótesis de trabajo

Además de proponernos comprender el rol que cumplen las prácticas agrícolas urbanas en las economías populares del AMBA, nos planteamos a nivel específico, en primer lugar, contextualizar el debate teórico sobre el campo de las “otras economías” en Argentina, dada la existencia de diversos enfoques, no siempre en diálogo, que abordan la misma problemática, para complementar luego con aportes conceptuales que permitieran interpretar los hallazgos propiamente dichos. En segundo lugar, buscamos recuperar los antecedentes históricos del emergente de la(s) economía(s) popular(es) en nuestro país, haciendo especial énfasis en el despliegue de sus prácticas económicas y su relación con la producción agrícola en la urbanidad. Por último, nos propusimos analizar los casos seleccionados, identificando las particularidades que se expresan en el período analizado.

Como hipótesis de trabajo, partimos de la suposición acerca de la relación entre las prácticas agrícolas desarrolladas por estas economías populares y las formas en que se expresan las resistencias del trabajo en la actual fase de financiarización del capital, en base a tres conjeturas: (i) las prácticas agrícolas analizadas revalorizan lo popular-comunitario como forma de resolver la reproducción colectiva de las economías populares; (ii) las huertas funcionan como trincheras que se orientan a la defensa del territorio y las trayectorias colectivas conquistadas en los últimos años; (iii) lo singular de sus procesos económicos está en la capacidad (planificada y colectiva) de anteponerse a las dinámicas que buscan su desarticulación, siendo las prácticas agrícolas formas que contribuyen en esa estrategia.

Metodología

Se realizó un estudio de casos múltiples (Yin, 1994) de tipo instrumental³ (Stake, 1999), desde el enfoque cualitativo. Se utilizaron entrevistas en profundidad realizadas a dirigentes, militantes y trabajadores de las organizaciones seleccionadas, observaciones a campo entre los meses de julio de 2022 y mayo de 2023 y más de quince años de trabajo territorial en el ámbito de referencia.

³ Este tipo de estudio de caso se utiliza para dar cuenta de un problema general que excede a los casos analizados.

Se seleccionaron tres casos del “territorio urbano” del AMBA:⁴ el Movimiento Popular Los Pibes y la Huerta Martín “Oso” Cisneros, situado en el barrio de La Boca, de la Ciudad de Buenos Aires; el Movimiento Evita de San Isidro y el Polo Productivo Arenaza, localizado en Boulogne, municipio de San Isidro, de la provincia de Buenos Aires y la Cooperativa de Recicladores Urbanos del Oeste y el Eco-Parque del barrio de Caballito, también de la Ciudad de Buenos Aires.

La(s) economías(s) popular(es) en debate

Lecturas desde Argentina

Para abordar la interpretación del problema, se recuperaron tres corrientes teóricas de lo que definimos “campo de las otras economías” en Argentina: (i) la perspectiva de la economía social y solidaria, que denominamos “clásica”,⁵ representada por los trabajos de José Luis Coraggio (2004, 2010; Coraggio y Loritz, 2022); (ii) la perspectiva de la economía popular, que llamaremos “de los movimientos populares”, sintetizada en los aportes de las propias organizaciones de la economía popular (Pérsico y Grabois, 2015) y los trabajos de Alexandre Roig (2017, 2020) y Pablo Chena (2017, 2020) y (iii) la perspectiva de las economías populares, que llamaremos de “investigación militante”, representada en los trabajos de Verónica Gago (2014, 2016, 2018a, 2018b; Gago y Mezzadra, 2015).

Si bien estas tres corrientes confluyen en una gran variedad de aspectos y emergen en torno al análisis de un mismo fenómeno, no ha existido un diálogo conceptual muy acabado entre ellas, sino más bien cada modelo se fue desarrollando en paralelo, construyendo de hecho una suerte de mutua exclusión. La investigación se propuso sistematizar estos contrapuntos, a modo de visualizarlos, interpretarlos y, al mismo, tiempo proyectar posibles confluencias.

La perspectiva clásica es la primera corriente que empieza a observar y teorizar sobre las estrategias que los sectores populares comienzan a desplegar ante la desarticulación del mundo del trabajo. En sintonía con las epistemologías críticas, entiende que el conocimiento debe interpretar y prefigurar la transición sistémica y social de un sistema capitalista en crisis.⁶ En ese sentido, desarmar la teoría económica del libre mercado como ideología que opera para legitimar el sistema capitalista y su fase neoliberal resulta una prioridad (Coraggio, 2010).

Retomando la tradición polanyiana, Coraggio sostiene que la economía es un orden social institucionalizado, en donde –en un contexto capitalista– el libre mercado es la institución que hegemoniza la regulación del conjunto de relaciones sociales. La consecuencia de ello es una crisis sistémica, en don-

4 Este es definido como aquel espacio donde se desarrollan actividades de base agropecuaria insertas en la traza urbana, comprendida por la totalidad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), el primer y segundo cordón del conurbano y las localidades cabecera del resto de los distritos (INTA, 2019).

5 Tomado de Vázquez (2017).

6 Retoma de Wallerstein (1998) la idea de “utopística” como el estudio de las ideas y prácticas que ensayan alternativas al capitalismo existentes en la realidad, para prefigurar posibles transiciones sistémicas.

de el “desencastré” entre sociedad y economía atenta contra la reproducción social. Es preciso redefinir las instituciones y prácticas de la economía bajo una nueva ética que vuelva a ubicar a la economía en su función histórica de garantizar el sustento de la vida humana en el planeta. Según esta corriente, las formas de hacer economía de los sectores populares y trabajadores, que denomina “economía popular”, contiene elementos de una racionalidad afín a estos objetivos que, de organizarse y ampliar sus formas de trabajo y producción –actualmente de baja productividad y complejidad–, podrían protagonizar un proyecto de reinstitucionalización de la economía toda bajo una nueva ética solidaria. La economía popular realmente existente se iría transformando en economía social y solidaria. En este sentido, resulta ser una apuesta de transformación social.

La perspectiva de los movimientos sociales de la “economía popular” recoge la experiencia del emergente social de 2001 y parte de una epistemología que llamamos “de la praxis”. La teorización parte de la práctica política de los propios procesos de resistencia de los sujetos sociales. Es tributaria de la tradición nacional-popular que resalta la figura de “pueblo” como sujeto histórico, en una genealogía política que se enlaza con las luchas de liberación nacional. En ese contexto, la economía popular da lugar a la conformación de un sector de trabajadores que se “inventan” el trabajo fuera de las relaciones asalariadas y bajo patrón, sin derechos ni representación sindical. En esta acepción del término “economía popular”, a diferencia de la corriente anterior, no incluye al sector asalariado y se considera que sus procesos productivos son fuente de valor para el capital (y no una mera masa marginal sin funcionalidad). Pero que al encontrarse subsumidos en relaciones de subordinación a los sectores rentísticos como el mercado y capital financiero, estos se apropian del excedente, impidiendo su reproducción social en condiciones dignas (Roig, 2017; Chena, 2017). De lo que se trata es de desarrollar y dignificar sus condiciones de trabajo y producción realmente existentes, entre las que empiezan a ocupar un rol preponderante la producción de bienes y servicios de reproducción comunitaria (tareas de cuidado comunitario de las infancias y de la salud, abastecimiento alimentario, promoción y cuidado ambiental, entre otros).

La apuesta principal es la construcción de una representación gremial de nuevo tipo que, en la práctica, la conforma la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP, hoy UTEP), organización gremial conformada en 2011. Al no existir la figura del patrón, identifican al Estado como principal foco de demandas, teniendo en cuenta su rol central en garantizar los derechos de todos los trabajadores. Al mismo tiempo, esta experiencia gremial intenta recuperar el protagonismo de los trabajadores y sectores populares como sujetos históricos de cambio, entendiendo a los trabajadores de la economía popular como los “nuevos descamisados” (Maldovan Bonelli, Fernandez Moujan, Ynoub y Moler, 2017) capaces de liderar un nuevo tiempo emancipador.

Por último, la perspectiva de las “economías populares” parte de una epistemología militante (Gago, 2017), que busca develar la dinámica de los procesos en el mismo momento que se están configurando, de modo de aportar a las resistencias. Toma elementos de la tradición de la economía política crítica, que indaga las relaciones de explotación capital-trabajo y los modos de acumulación para explicar el orden social en cada momento histórico, y la tradición foucaultiana para conocer los

dispositivos de poder y de resistencia que moldean el conflicto social. Las denomina en plural, dando cuenta de un fenómeno complejo y diverso (Gago, 2016). En ese sentido, son economías “abigarradas” que combinan de manera compleja formas comunitarias, mezcla de elementos arcaicos y modernos, incluso racionalidades neoliberales (Gago, 2014). Al igual que en la corriente anterior, estas siguen siendo fuente de valor para el capital, ya no en la fábrica, sino mediante el consumo y el endeudamiento, mecanismo que denomina “extractivismo ampliado” (Gago y Mezzadra, 2015). Al ser economías a las que se las excluye del salario, se las despoja de sus condiciones de existencia y se las fuerza a orientarse al trabajo de subsistencia y reproducción de la vida. Esa posición es la que permite también su confluencia con las luchas feministas contra el patriarcado del salario y el sistema capitalista (Gago, 2016).

Las “formas precarias de inclusión social” (Gago, 2016), ensayadas durante el ciclo progresista sobre la base de transferencias directas de dinero a los expulsados del mercado de trabajo, se limitó a facilitar el consumo de bienes no durables, permitiendo no solo el desembarco del capital financiero sobre los pobres (ahora bancarizados y endeudados bajo el consumo en cuotas), sino también neutralizando la historia de lucha y resistencia previa, consolidando subjetividades neoliberales. Esta perspectiva resalta que, en sintonía con los procesos de acumulación de capital, el diseño de tales programas de transferencia ha tenido una funcionalidad de control y disciplinamiento respecto del Estado. En este marco, se propone repensar el poder desde abajo y desde el desarrollo de las autonomías, y se identifica a las mujeres y los sectores subalternos como los sujetos capaces de ejercer resistencia a ese poder.

Aportes conceptuales para las coyunturas del presente

Sobrevolando los desacuerdos, nos interesó profundizar en dos aspectos comunes en las tres corrientes: (i) la relevancia de “lo comunitario” en las economías populares, no como elemento cultural y pasado, ni como mera contención de la pobreza, sino más bien como horizonte político de sus luchas actuales, por un lado; (ii) por otro lado, el diagnóstico compartido acerca del contexto presente, signado por la profundización de los procesos de despojo y mecanismos extractivos del capital sobre el trabajo y sus condiciones de subsistencia, que delinear de manera particular el desarrollo de los antagonismos y conflictos sociales actuales, expresando nuevas formas de violencia.

Para el primer aspecto, tomamos de Gutierrez Aguilar la noción de “formas de producción de lo común” como una formación económico-social específica⁷ que existe y persiste en el contexto actual de hegemonía del sistema capitalista. Encuentra su vigencia en las luchas de los pueblos indígenas y urbanos, específicamente, que dieron lugar a la guerra por el agua y el gas en Bolivia (Gutiérrez Aguilar, 2017). Estas luchas por la recuperación de “lo común” buscaron la reapropiación popular de la riqueza social, ejerciendo una capacidad de “veto” del proyecto neoliberal. Se trata de la producción y usufructo en común del conjunto de bienes disponibles con el objetivo de garantizar la reproducción

⁷ La autora retoma la interpretación del materialismo histórico en donde cada formación económica social responde a un determinado modo de producción en un momento histórico específico (Marx, [1859], 1981), aunque se aleja de la perspectiva progresiva y necesaria entre cada modo de producción.

de la vida (“lo común”, concepto más amplio que “bienes comunes”) (Gutierrez Aguilar y Salazar Lohman, 2019). El núcleo de la producción no son mercancías sino valores de uso para el consumo (trabajo concreto/comunitario, bienes comunitarios) y tiene una relación antagónica con el capital (subsunción) y conflictiva con el Estado (búsqueda de autonomía). La definición de cómo se produce y aprovecha el usufructo de lo común, así como la organización del intercambio y el mercado, es un ámbito de la política comunitaria. Desde este punto de vista, las economías populares pueden ser tributarias de estos modos de producción no capitalistas, aunque inmersos en él.

En relación con el segundo aspecto, tomamos de Lazzarato y Alliez (2021) su conceptualización acerca de la relación entre guerra y capitalismo. Recuperan de Harvey (2004) y Federici (2022) la noción de “acumulación por desposesión” como la actualización permanente de la acumulación originaria del capital. Estos procesos se despliegan siempre mediante formas violentas, produciendo “nuevos cercamientos” de bienes comunes y despojos sobre las condiciones de existencia de las mayorías populares, entendidas como formas de guerra. Para los autores mencionados, la guerra es un dispositivo fundamental de dominación en el capitalismo ya que permite ordenar los procesos de acumulación en cada momento histórico (guerras coloniales, imperialistas, dictaduras, etc.). ¿Cuál es el dispositivo de guerra necesario en contextos de hegemonía del modelo de acumulación financiera y extractiva? Se trata de un tipo de “guerra contra las poblaciones” que implica desarmar el lazo social, promover guerras civiles (grietas sociales), controlar el territorio, neutralizar al “enemigo irregular” (los excluidos, los subalternos) e intervenir sobre las subjetividades para impedir la emergencia de lo colectivo.

Desde este punto de vista, las resistencias de las economías populares pueden expresar un efecto de defensa ante un contexto adverso, siendo las prácticas agrícolas urbanas un despliegue de lo que definimos llamar “territorialidades de la defensa”.

Ambas dimensiones nos permiten ensayar una nueva conceptualización acerca de la relación entre economías populares y resistencias ya que las organizaciones desarrollan prácticas económicas que les permitan resistir ante la fuerza que opera para desarmar y dominar su existencia. Las prácticas económicas orientadas a la reproducción y la defensa resultan más bien estrategia política ante un contexto adverso. En ese sentido, las experiencias analizadas a la luz de las prácticas agrícolas urbanas pueden encarnar formas de lo que llamamos “economías de la resistencia”.

Prácticas económicas y agrícolas de las economías populares urbanas en perspectiva histórica

Ante los sentidos impuestos sobre los sujetos que encarnan los movimientos de la economía popular respecto de “vagos”, “planeros”, hoy “gerentes de la pobreza”, nos propusimos recuperar un recorrido histórico –que intentamos reproducir brevemente aquí– para volver sobre la politicidad que dio origen a este sujeto, es decir, recuperar su genealogía política, tal cual nos propone Gago (2016). Tomamos la caracterización de Coraggio y Loritz (2022: 113-164) quienes se refieren a los “procesos de movilización social en torno al trabajo” para describir el recorrido de las expresiones de resistencia, organización

y lucha de todos los trabajadores que se vieron afectados por las políticas neoliberales (desocupados devenidos en movimiento piquetero, sindicalismo crítico, trabajadores excluidos, empresas recuperadas, asambleas barriales). Resulta relevante detenerse en las diversas experiencias organizativas, políticas y económico-productivas de los últimos años para profundizar luego en los casos seleccionados.

Es preciso aclarar que las prácticas agrícolas en la urbanidad constituyen un campo de experiencias con identidad e historia específica, incluso anterior a la emergencia de los movimientos de trabajadores desocupados. Se trata de un universo variado de actores identificados con la práctica huertera (denominada “agricultura urbana”), a partir de la cual se problematizan cuestiones sociales vinculadas al ambiente, la alimentación, la agroecología y el espacio público, y que cobraron importante visibilidad también en la época de la crisis. No obstante, si bien incluye experiencias de organización colectiva de los sectores populares, se trata de una genealogía distinta a la que trazaremos aquí. Son trayectorias que transcurren en paralelo, encontrando momentos de confluencia, intercambio y dispersión.

Para organizar el recorrido, definimos tres etapas que ordenaron el despliegue de la movilización social en torno al trabajo, en función de los escenarios políticos y económicos que se distinguen en cada uno.

Ciclo de resistencia al “neoliberalismo desde arriba” (1996-2002). La huerta como “una acción más” dentro de las estrategias de sobrevivencia

Tal como describen Svampa y Pereyra (2003), durante este período de auge del movimiento piquetero, así como la ruta se constituía en el espacio de despliegue de las acciones de protesta, el barrio se consolidaba como instancia comunitaria y territorial para contener la cotidianeidad y recuperar el tejido social fragmentado. El “trabajo territorial” contenía una cantidad de acciones que empezaron a ensayarse en torno al desarrollo de emprendimientos productivos asociativos, redes de intercambio y consumo, autoconstrucción de la vivienda familiar y comunitaria, bachilleratos populares, entre otras experiencias. Es en esta etapa que cobraron visibilidad los debates acerca de la construcción de “otra economía” y de la “economía social”, tal como desarrollamos en el apartado teórico.

Especialmente nos interesó recuperar los antecedentes del despliegue de prácticas agrícolas que se desarrollaron en este contexto en el AMBA, generalmente identificadas como “huertas comunitarias”, para comparar con las experiencias que analizamos en la investigación.

Si bien no existen trabajos académicos que recuperen la dimensión de la producción agrícola urbana como parte de la territorialidad desplegada por el movimiento piquetero, según distintas fuentes consultadas existieron antecedentes, fundamentalmente en el segundo cordón del Conurbano Bonaerense. Se trataba de “una acción más” dentro de las múltiples estrategias de sobrevivencia desarrolladas por las organizaciones populares de entonces, con relativa continuidad y centrada, sobre todo, en revitalizar los lazos comunitarios y generar espacios de encuentro y participación.

Después de la entrada a la democracia ya empieza a haber antecedentes. Varias organizaciones del ámbito popular, habían empezado a laburar estos temas. Me acuerdo de la Mesa de Tierras de los Movimientos Villeros de Morón. Yo empecé a laburar ahí en el año '88, que hacían huerta en los asentamientos. Años después la FTV [Federación Tierra y Vivienda] empieza a laburar en La Matanza, después la CCC [Corriente Clasista y Combativa]. La huerta era parte de sus estrategias, dentro de todo el conjunto de estrategia de sobrevivencia, de vida y demás, la huerta es parte. Y otros emprendimientos vinculados al tema agropecuario: cría de gallinas, elaboración de conservas. Sobre todo hablo de La Matanza, que es donde laburaba yo por esos años. Es cierto que hay muy poco escrito (entrevista a un técnico extensionista del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, con treinta años de trayectoria de trabajo en el Área Metropolitana de Buenos Aires).

En ese sentido creemos que, por esos años, los movimientos populares urbanos no priorizaban el problema de la soberanía alimentaria como agenda de lucha. Durante ese periodo recién empezaba a instaurarse el monocultivo de soja, la siembra directa y el paquete tecnológico transgénico. Empresas agrícolas en conjunto con reparticiones públicas impulsaban donaciones de porotos de soja para abastecer a los comedores como estrategia de legitimación. La cuestión alimentaria para estos sectores se circunscribía a la demanda de acceso a los alimentos. Tampoco la problemática ambiental formaba parte de la agenda de los movimientos piqueteros.

Las apuestas más fuertes de los movimientos de desocupados se enfocaron en los emprendimientos productivos vinculados a la construcción, como las bloqueras, emprendimientos de autoconstrucción, herrerías y carpinterías, y los vinculados al comercio local, como los emprendimientos textiles, panaderías y almacenes populares. La búsqueda se centraba en recuperar “la cultura del trabajo” de la fábrica y recomponer la subjetividad laboral, fundamentalmente en los varones, cuyo rol en la sociedad atravesaba por una fuerte crisis. En ese contexto, las huertas no llegaban a visualizarse como “emprendimiento productivo”, por lo que no eran específicamente priorizadas.

Nuestra cercanía a la lucha por la tierra tenía que ver con que los compañeros no perdieran el techo en la ciudad, pero sí articulábamos, muy remotamente, con algunas experiencias en el conurbano. Nosotros empezábamos a ser la expresión de los piquetes en la ciudad de Buenos Aires. No teníamos las redes que hay hoy, el acceso a esa información siempre costaba más, pero algunas experiencias [de huerta] ya había en la zona de Villa Corina, lo que era en ese momento el Movimiento Resistir y Vencer que después fueron Movimiento Evita. Algunas cosas nos llegaban de lo que hoy es el [Frente Popular Darío] Santillán, que en aquellos años era la Aníbal Verón, con algunas huertas comunitarias, pero de hiper subsistencia estamos hablando... Nosotros nos poníamos a desarmar pallets, porque era lo que se conseguía en La Boca, y ellos se ponían en los terrenos del conurbano a tratar de tirar alguna semilla (entrevista a referente histórico del Movimiento Popular Los Pibes, entre 40 y 50 años, actualmente cumpliendo funciones de coordinación política y territorial).

En cierto sentido, la vinculación con la problemática de la soberanía alimentaria y la agroecología era una agenda que todavía se circunscribía a los productores rurales. En los movimientos urbanos aparecía vinculada a las acciones de solidaridad con los movimientos campesinos, que cobraron mayor visibilidad hacia el final de este ciclo. Tendrían que pasar algunos años más para que sujetos campesinos y urbanos confluyeran en una misma identidad como trabajadores de la economía popular, unificando también la concepción de las luchas.

En paralelo, las experiencias que se fueron organizando en torno a las prácticas agrícolas en las ciudades y ámbitos urbanos fueron dando forma a un sector mayormente identificado con la “agricultura urbana”. Como ya señalamos, este se entreteteje entre mundos de sectores populares y sectores medios, que encuentran en la huerta un dispositivo para vehiculizar una diversidad de aspectos que van desde el acceso a los alimentos sanos, el activismo ambiental y la disputa en torno a los espacios urbanos (Gallardo Araya, 2016).

En síntesis, más allá de las múltiples experiencias de agricultura urbana que se desarrollaron durante este período, es posible afirmar que no hubo una política específica de desarrollo de huertas. Podríamos decir, parafraseando a Coraggio (2004), que las experiencias de producción agrícola en la urbanidad eran para los movimientos sociales un dispositivo más ante la “emergencia”, que una “estrategia” propia de construcción política.

Ciclo de reconfiguración nacional-popular del Estado (2003-2015). De desocupados a trabajadores de la economía popular (en el campo y la ciudad)

Durante este ciclo, el proceso de estabilización de la conflictividad social fue configurando un nuevo mapa de las economías populares urbanas. Proveniente del mismo espectro de la política institucional fuertemente deslegitimada, Néstor Kirchner demostró rápidamente signos de ruptura con la tradición neoliberal anterior y se constituyó como uno de los artífices de la conformación de gobiernos que se denominaron “progresistas” en la región latinoamericana. Una serie de definiciones⁸ generaron la simpatía de un gran espectro de los movimientos sociales, mientras que otros sostuvieron posiciones críticas.⁹

La propuesta de gobierno del kirchnerismo, si bien con modificaciones a lo largo de sus tres mandatos, se caracterizó por la recuperación de la intervención estatal en el desarrollo de la economía desde una perspectiva de desarrollo nacional, con un discurso fuerte de regeneración del trabajo y una activa política de transferencia de ingresos a los sectores trabajadores y pobres.

8 Nos referimos a la reivindicación de los derechos humanos vulnerados durante la última dictadura militar, la renovación de la Corte Suprema, el rechazo al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) impulsado por Estados Unidos, el acercamiento al gobierno de Venezuela y Cuba y los emergentes “progresismos” de la región, entre otros aspectos.

9 Esto dio lugar a un fuerte debate entre las organizaciones populares –con gran resonancia en intelectuales y ámbitos universitarios– acerca de cuál debía ser el posicionamiento en relación al Estado: los “autonomistas” y los otros, cuya identidad no tenía una simbología concreta aún, pero que se identificaba con la línea del gobierno.

Si bien se intentó evocar al primer peronismo, el mundo había cambiado: la industria nacional se encontraba desmantelada y el Estado había sido desguazado en sus principales capacidades regulatorias. El modelo de desarrollo que resultó posible tuvo una fuerte sustentación en la exportación de materias primas y el financiamiento del consumo, sin posibilidad de transformar matrices estructurales (Svampa, 2016).¹⁰

Las experiencias y prácticas económicas desarrolladas durante este período por las organizaciones de los trabajadores desocupados atravesaron distintos momentos. Durante los primeros años de gobierno de Néstor Kirchner, hubo un gran despliegue de experiencias que se volcaron a trabajar fuertemente la problemática de la vivienda y el hábitat,¹¹ así como también se desarrollaron importantes acciones vinculadas al trabajo de formación y educación (fortalecimiento organizativo, alfabetización, terminalidad educativa y formación política). Otro tipo de estrategias de estos primeros años apuntaron al fortalecimiento de aquellas incipientes experiencias productivas mercantiles –con mayor o menor tinte autogestionario– iniciadas en la etapa anterior. Estas empezaron a estar acompañadas con financiamiento del Estado, sin dudas algo contrastante con la dinámica estatal del período anterior. No obstante, no existió una planificación específica en cuanto al desarrollo de entramados de producción, distribución y consumo, sino que se acotaron a una mirada microeconómica de la unidad productiva, dejando a los emprendimientos librados a la lógica del mismo mercado que los había excluido (Coraggio y Loritz, 2022).

En relación con la producción de alimentos en la urbanidad, las organizaciones mantuvieron una priorización similar a la realizada durante el período anterior. Existieron, sin embargo, algunos movimientos que desarrollaron experiencias de producción de alimentos con diversos apoyos de programas y políticas estatales. Un antecedente significativo de ello es la experiencia de un programa impulsado por el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) en los primeros años de los 2000 que apoyaba la creación de almacenes populares a partir de una oferta de alimentos diversos, a bajo costo y provenientes de emprendimientos populares. En ese contexto, hubo movimientos que desarrollaron experiencias de producción agrícola urbana para abastecer a esos almacenes, por ejemplo, en el municipio de La Matanza.

En La Matanza hubo algo interesante, un acuerdo entre la FTV y el INTI, yo no recuerdo si le llamaban almacenes populares, fue interesante porque fueron almacenes en los barrios, que vendían a precios populares alimentos y otras cosas, y la idea era producir parte de esos alimentos en los barrios. Se laburaba con huerta, con gallinas, con panificados y demás. Y se articulaba con nosotros, con el INTA. Fue una linda experiencia (entrevista a un técnico extensionista del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, con treinta años de trayectoria de trabajo en el Área Metropolitana de Buenos Aires).

¹⁰ Hasta qué punto fue la estrategia elegida y hasta dónde fue “lo posible” de hacer es materia de debate.

¹¹ Para dimensionar lo significativo del desarrollo de proyectos de hábitat de la época, vale la pena detenerse en las experiencias de la organización Tupac Amaru desde la CTA de Jujuy, el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI) también de la CTA, el proyecto Sueños Compartidos de Madres de Plaza de Mayo, entre muchos otros.

Ahora bien, se trató de experiencias puntuales y no de una línea de trabajo generalizada, como sí lo constituía el hábitat y el desarrollo de microemprendimientos mercantiles.

En síntesis, el despliegue de experiencias productivas durante los primeros años se fue reconfigurando al ritmo del repliegue y recomposición de los propios movimientos de trabajadores desocupados, que de a poco fueron abandonando su identidad en torno al “no trabajo”. En 2009 se creó el Programa Argentina Trabaja, que buscaba orientar la contraprestación laboral asociando los planes sociales a la conformación de cooperativas de trabajo. Si bien en lo discursivo significó un reconocimiento de la persistencia de un enorme conjunto de trabajadores que el mercado de trabajo no lograba absorber, acompañado de una propuesta para la generación de trabajo desde el Estado, no contemplaba instrumentos específicos para el desarrollo productivo de este sector. Por lo tanto, la transformación del “plan social” en “trabajo” resultaba deficiente. El diseño del programa implicaba la definición centralizada de los planes de trabajo que se reducían a actividades de mejora de limpieza en los barrios (Hopp, 2018) y se propugnaba que las “unidades ejecutoras” desde donde se coordinaban las cooperativas de trabajo mayormente estén bajo el control del Estado, o bien nacional o local, generando fuertes tensiones con los movimientos sociales (Longa, 2019). Más allá de procesos interesantes de formación (en alianza con universidades públicas), resultaron pocas las experiencias que lograron concretar procesos de trabajo y producción real en los territorios a partir de este programa.

Mientras tanto, otros sectores de este universo fueron avanzando en nuevas instancias de reivindicación. El Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), nacido al calor de la organización del sector cartonero de la Ciudad de Buenos Aires, demuestra otra vía para la mejora de las condiciones de estos trabajadores. Esta vía no implicaba *per se* la puesta en marcha de “nuevas” actividades productivas y de trabajo (como representaban los microemprendimientos asociativos mercantiles), sino que partía de las propias actividades “inventadas” por los excluidos como estrategia de supervivencia ante la crisis, para iniciar un camino de organización, dignificación y conquista de derechos.

Con la creación de la ya mencionada CTEP en 2011, se empezaron a visibilizar una diversidad de actividades productivas de los sectores populares en ámbitos urbanos y rurales, que existían al margen de la formalidad y que, sin embargo, involucraban a una gran cantidad de personas, presentaban niveles importantes de generación de trabajo, de circulación de dinero, y cumplían un rol fundamental en la reproducción de la vida de millones de argentinos. Bajo la consigna “tierra, techo y trabajo”, vendedores ambulantes, cartoneros, costureros de talleres textiles, productores rurales, ladrilleros, trabajadores de comedores, etc. empiezan a formar parte de un mismo sector de “economía popular”, pugnando por mayor protagonismo en el diseño de políticas públicas orientadas a su desarrollo.

En síntesis, en este periodo la confluencia de organizaciones urbanas y rurales en un mismo frente reivindicativo empezó a vehiculizar también un intercambio de miradas, problemáticas y agendas de lucha. Hacia el final de este ciclo, ahora sí, la soberanía alimentaria y la agroecología se empezaron a incorporar como tema estratégico en las organizaciones sociales de trayectoria urbana. Un elemento significativo fue la irrupción de los trabajadores migrantes de los cinturones hortícolas periurbanos en la escena pública, que empezaron a adquirir mayor visibilidad. Estos sectores, responsables de

abastecer de verduras frescas a las grandes ciudades, habían permanecido invisibilizados en etapas anteriores. Los reclamos frente a sus precarias condiciones de producción derivaron en un importante movimiento reivindicatorio, que tendrá gran protagonismo en los primeros años del siguiente ciclo.

Ciclo del modelo de ajuste fiscal con endeudamiento externo (2015-2023). Prácticas agrícolas urbanas como vehículo para los cuidados comunitarios y ambientales

Este período tiene la particularidad de comprender dos gestiones de signo político opuesto: la Alianza Cambiemos de Mauricio Macri, como espacio de “nueva derecha populista” (Muñoz y Villar, 2017), y el frente de alianzas del peronismo (Frente de Todos), de tinte “progresista”, que llevó a Alberto Fernández a la presidencia. Ambos representan continuidades, tales como la política regresiva en términos del lugar que ocupa el salario en la distribución del ingreso (la pérdida de su poder adquisitivo) y el condicionamiento externo a partir del endeudamiento asumido con el Fondo Monetario Internacional por Mauricio Macri y avalado por Alberto Fernández.

No obstante, destacamos del mandato de Macri el momento en que se introdujeron nuevas doctrinas de seguridad nacional, que apuntaron a reposicionar la imagen de las fuerzas de seguridad, al mismo tiempo que orientaron la defensa nacional hacia el “factor del enemigo interno” (Tokatlian, 2018), tomando las variables “terrorismo” y “narcotráfico” como fundamento de todo tipo de delito y/o protesta social. Con este argumento, un conjunto amplio de sectores sociales (pueblos originarios, militantes de organizaciones sociales, participantes de protestas sociales y partidos políticos) empezaron a ser considerados “enemigos internos”, siendo blancos de ostentosos operativos represivos. Este escenario nos acerca a la definición que trabajamos de Lazzarato y Alliez (2021) sobre el paradigma de la *guerra contra las poblaciones* y que observaremos a través de los casos analizados.

Del gobierno de Alberto Fernández cabe destacar el contexto de la pandemia del COVID-19, como acontecimiento que atravesó gran parte de su gestión.

Observando al sujeto bajo análisis durante este período, se destacan los procesos de unidad generados en lo político- gremial, que tuvieron su correlato en las prácticas de trabajo y el desarrollo de circuitos productivos.

Durante los años de macrismo, las distintas “ramas de producción” que ahora compartían un mismo espacio de representación en la CTEP estuvieron signadas fuertemente por la crisis alimentaria provocada por el modelo de ajuste económico. Las protestas del nuevo sujeto campesino de los cinturones hortícolas periurbanos irrumpieron con los “verdurazos” en la Plaza de Mayo como acción de protesta, promoviendo el acercamiento de experiencias urbanas en el debate de la soberanía alimentaria y la agroecología, las cuales empezaron a estar en boca de referentes barriales de los sectores populares del Gran Buenos Aires, así como también en el de la opinión pública en general.

Los recursos provenientes del Estado se focalizaron en mayor medida en la asistencia alimentaria a comedores y merenderos, dándose una confluencia de circunstancias que favorecieron el despliegue de estrategias de articulación entre organizaciones urbanas y rurales a partir de la cuestión del abastecimiento popular. Desde la mirada de las organizaciones urbanas, la asistencia alimentaria promovida por el Estado empezó a ponerse en cuestión, generando mayor concientización respecto a la calidad de los alimentos destinados a la asistencia, su procedencia, el tipo de alimentación que esto promueve y, en definitiva, el modelo productivo subyacente relacionado a la producción de alimentos. Si en la demanda de alimentos de los años 1990 y 2000 lo que se negociaban eran cantidades, en estos años se empezó a visibilizar el derecho a una alimentación sana, que priorice el trabajo de los trabajadores de la economía popular (tanto rurales como de cooperativas y fábricas recuperadas). Los “bolsones de verdura”¹² de los horticultores familiares y los productos de las cooperativas empezaron a circular por las organizaciones de base, así como también en diversidad de circuitos de comercialización para que los productos lleguen a los barrios (ferias, almacenes populares, nodos de consumo), no sin dificultades.¹³

En este contexto, resulta relevante volver a señalar la influencia del Papa Francisco en las ideas y discursos que empiezan a formar parte de las organizaciones nucleadas en la CTEP. En la Carta Encíclica *Laudato Si', Sobre el cuidado de la Casa Común* difundido en 2015, Francisco no solo advierte acerca de la crisis climática, sino que la relaciona directamente con el sistema económico capitalista y su crítica a los “adoradores del Dios dinero”. Esto contribuye y habilita un posicionamiento de los sectores populares en una agenda ambiental que empezaba a instalarse con más fuerza al interior de toda la sociedad pero que, hasta el momento, no había formado parte de las demandas y luchas de los sectores desocupados que reclamaban por trabajo. En ese marco, se amplió el espectro de las actividades y proyectos de trabajo que tuvieron “lo ambiental” como eje, desde un sentido crítico y popular, anclado, a su vez, en la urbanidad más cruda y profunda. El sector de los cartoneros, devenidos en recicladores urbanos, se involucró en la agenda ambiental, posicionándose como “promotores ambientales” que recuperan el descarte material de la sociedad que tiene acceso al consumo, reutilizando ese material y mitigando la contaminación. La “economía circular” como discurso se sumó a las demandas de dignificación del trabajo de los cartoneros.

Otro emergente que incide en el despliegue de experiencias productivas y de trabajo de este universo se da con el crecimiento de los movimientos feministas. La visibilización de las desigualdades entre géneros y los consensos patriarcales que históricamente vulneran a las mujeres se pone en cuestión transversalmente en la sociedad, repercutiendo también en las dinámicas de organización de los sectores y economías populares. En los emprendimientos productivos y de trabajo empieza a ponerse en valor el rol innegable que tienen las mujeres en estas economías, tanto desde el sostén de las actividades

12 Se trata del dispositivo de venta directa que crearon las organizaciones de horticultores para saltarse al intermediario. Es un circuito en donde los productores cosechan una diversidad de hortalizas, mayormente con acompañamiento técnico estatal o de la propia organización, con alguna estrategia de transición hacia la agroecología, que es comercializado de manera directa en redes de consumidores, mayormente de poder adquisitivo medio.

13 Todos estos mecanismos ya existían en otros ámbitos. Lo que señalamos es que empiezan a desarrollarse con más fuerza en los sectores de la economía popular organizada de los barrios pobres del Área Metropolitana de Buenos Aires.

laborales, como en relación con el cuidado doméstico dentro de sus familias y el cuidado comunitario en los barrios. Así es como se empiezan a valorar las tareas vinculadas a la atención de comedores y merenderos y se inicia un debate en torno a qué se considera “trabajo”, qué se entiende como “proceso productivo”, o bien cuál es el “trabajo socialmente reconocido”. Al mismo tiempo, se produce un cuestionamiento a la masculinidad de las conducciones y dirigencias políticas, dando lugar a la emergencia de nuevas referentes mujeres que empezaron a ocupar lugares de liderazgo.

Las medidas de aislamiento social obligatorio que se dispusieron para evitar la propagación del virus constituyeron, sin dudas, un “estado de excepción” que facilitó la visibilidad de la fractura social que se venía produciendo al interior de la sociedad argentina. Mientras que, para algunos, el “quedarse en casa” cumpliendo el aislamiento social significaba adecuarse a las restricciones de circulación desde el confort del hogar, para otros se tornaba prácticamente imposible dadas las condiciones de precariedad y hacinamiento de sus viviendas. Y, lo que aún era peor, significaba la interrupción abrupta de las actividades laborales de todo un sector de la economía cuyas relaciones laborales transcurrían por fuera de la formalidad salarial (nuestras retratadas “economías populares”). Las medidas de salvataje implementadas por el gobierno con el subsidio IFE (Ingreso Familiar de Emergencia) demostraron la subvaloración que la burocracia estatal tenía de este sector, ya que se estimaba en alrededor de tres millones de personas, a lo que finalmente terminaron siendo casi nueve millones de personas que efectivamente cumplían con los requisitos (Página 12, 08/06/20¹⁴).

En ese contexto, la presencia de las organizaciones de trabajadores de la economía popular, así como todo el conjunto de formas comunitarias y organizativas con presencia territorial, jugaron un papel clave en el transcurso de la pandemia. No solo en términos de cubrir la ausencia estatal en los territorios, cuyas plantas de trabajadores se encontraban mayoritariamente en sus hogares, sino también en la profundización de relaciones comunitarias que demostraban cierta autonomía en su despliegue. El parate de actividades habituales y la centralidad de la interdependencia (o dicho de otra manera, la evidencia de que la unidad doméstica en los barrios no era la familia sino el barrio mismo, la comunidad misma, la organización) le dio un impulso particular al despliegue de actividades de trabajo en clave comunitaria y colectiva, retomando el planteo de Gutierrez Aguilar (2017) como entramados “populares comunitarios”.

En ese contexto, se empezaron a institucionalizar un conjunto de nuevas actividades, como los “servicios sociocomunitarios” (atención de merenderos y comedores, tareas de cuidado, entre otros), así como también la puesta en práctica de experiencias de huerta en distintos espacios urbanos durante todos estos años. Mediante diversas estrategias, se multiplicaron y fortalecieron espacios como “polos productivos”, “polos agroecológicos”, “unidades de producción”, “colonias agroecológicas”, que recuperaron predios, tomaron terrenos o refuncionalizaron espacios propios y/o ya recuperados, que son gestionados por los propios emprendimientos y movimientos sociales. A continuación, una breve descripción de estas experiencias.

14 Página 12. (08/06/20). IFE: este lunes comienza el segundo pago. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/270935-ife-este-lunes-comienza-el-segundo-pago>

Economías, territorio y resistencias en economías populares a través de sus prácticas agrícolas urbanas en los años recientes

Teniendo en cuenta esta historización, en este apartado describiremos los casos analizados y las prácticas agrícolas urbanas desplegadas durante el período estudiado.

Movimiento Popular Los Pibes y la Huerta Martín “Oso” Cisneros (La Boca, CABA)

El Movimiento Popular Los Pibes es una organización surgida al calor de los movimientos de trabajadores desocupados y piqueteros a mediados de los años noventa y con un despliegue muy rico de experiencias de organización en torno al trabajo durante casi treinta años, con localización en el barrio de La Boca de la CABA. Fueron parte de la creación de la Central de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) en 2011, iniciativa que interpretaron como un avance significativo en la reivindicación de los derechos de los trabajadores y una forma novedosa de organización.

Como la mayoría de los movimientos sociales urbanos, el reclamo por asistencia alimentaria había conformado una práctica orientada a la entrega de alimentos y a la gestión de merenderos y comedores. No había un debate sobre las condiciones de producción y el tipo de alimentación que se recibía. A partir de la llegada del macrismo a la presidencia en 2015, y debido al rápido deterioro de las condiciones económicas que afectaron fuertemente a los sectores más humildes, se inició en esta organización un debate acerca de la necesidad de generar capacidades para el autoabastecimiento de los elementos esenciales, principalmente el alimento como horizonte a futuro. En esta etapa se produjo una afinidad con los discursos del Papa Francisco y se empezó a tomar con fuerza la idea de “crisis civilizatoria” como característica de la época, incluyendo la mirada ambiental. La interpretación acerca de la reorganización del tablero regional y global pronosticaba momentos de profundas adversidades para los sectores populares en los tiempos venideros.

A diferencia de otros tiempos, cuando desarrollar una huerta era una actividad asociada a una cultura “verde” propia de los sectores medios, sin mayor relevancia para sus construcciones políticas, el escenario de esos años trajo por primera vez la necesidad de cultivar alimentos como una estrategia de acción priorizada, en clave de generar condiciones que permitieran desarrollar experiencias para achicar la dependencia a bienes y servicios externos, es decir, lograr mayor autonomía, en particular, del alimento. El armado de una huerta en el predio lindero a la Cooperativa de Vivienda de la organización,¹⁵ que había funcionado como obrador de la construcción del edificio y donde ya se había armado una feria de alimentos y productores del sector, resultó en una estrategia apropiada para la formación de los militantes en la proyección de experiencias de producción en otros lugares, algo que nunca antes se había

15 Tal predio era propiedad del Gobierno de la Ciudad, al cual la organización tenía acceso mediante un comodato para la construcción de las viviendas.

planteado como alternativa. En palabras de uno de sus dirigentes, esto tuvo que ver con el momento de crecimiento en los niveles de organización y conciencia de los movimientos populares.

Ese sujeto empezó a entender en algún momento que tenía que recorrer determinados ejes: la lucha medioambiental, la construcción de una agricultura familiar, de una experiencia que nos permitiera garantizar una mejor alimentación, pero también la autonomía para que los nuestros puedan comer. Que no tengan que padecer lo que en los '90 era el mate dulce, porque el azúcar te tapaba el hambre; la pasta y la harina porque eso te llenaba. Las comidas muy aceitosas. Que no tenía que ver con nuestra historia, donde se comía mejor hace tiempo atrás. Que tenía que ver con sobrevivir, como papear en los tiempos de crisis. Esas experiencias nos fueron haciendo entender que teníamos que recorrer otra economía que la que nos proponían. No sé si tanto intelectualizado, pero casi como sentido común. Como autonomías del sentido común muy ligado a esa tripa de nuestra base, esa tripa que tiene el subsuelo de la patria sublevada, del amor, lo comunitario no tanto desde la intelectualización, sino desde las mejores vísceras de los trabajadores y de los humildes (entrevista realizada en mayo de 2023 a dirigente del Movimiento Popular Los Pibes, varón de alrededor de 60 años de edad).

Por otra parte, el intercambio con organizaciones campesinas que permitió la participación dentro de la CTEP fortaleció la solidaridad entre ambas ramas de trabajadores y amplificó la conciencia de las militantes del Paseo –la mayoría mujeres– en relación con el problema de la soberanía alimentaria y el modelo productivo.

Antes no sabíamos lo que significaba Bayer, más que el remedio que íbamos a comprar. Había una empresa que estaba manipulando todo, Monsanto. Íbamos contra todo, esa cosa de la agroecología, el agua, la tierra, la semilla, ¿viste? Pero era todo: ir, ir, ir y apoyar la lucha, pero sólo sabíamos lo que nos decían. Y entonces todo eso que uno va aprendiendo, la teoría, ¿por qué no acá? Hasta que un día decidimos poner en práctica todo lo que hablamos... Era demostrar que se puede hacer también. Éramos como 20 compañeros, todos pilas arriba (entrevista realizada en octubre de 2022 a militante de la Huerta Martín “Oso” Cisneros, mujer de aproximadamente 50 años y encargada de las tareas cotidianas de la huerta).

En el armado de la huerta participó un grupo de veinte militantes aproximadamente. Se recibió asistencia técnica de organismos públicos¹⁶ y se inició un proceso de formación en agroecología. Luego de dos o tres meses se cosecharon los primeros cultivos.

Durante las medidas de aislamiento social durante la pandemia la feria del “Paseo” debió discontinuar su funcionamiento, pero la huerta siguió activa, con algunos pocos militantes a cargo que realizaban turnos. Allí se armó una olla popular y la huerta se convirtió en un “refugio verde” para militantes y

¹⁶ Se articuló con el Programa ProHuerta y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

vecinos/as que continuaron cuidándola. También durante esta etapa se fortalecieron espacios productivos diversos en otras partes del país, muchos de los cuales consolidaron cultivos de huerta y granja.

En síntesis, la huerta en esta organización refleja un momento en los ensayos de construcción política, *aggiornado* a la particular interpretación de la crisis del capitalismo en esta etapa.

Tenemos que defender lo que construimos, porque el enemigo ya sabe que cuando armamos una huerta comunitaria, no nos quedamos en el simple hecho de la soberanía alimentaria, o de tener una alimentación sin agrotóxicos, sino que todas estas experiencias son vehículos hacia la construcción de otro mundo posible (entrevista realizada en mayo de 2023 a dirigente del Movimiento Popular Los Pibes, varón de alrededor de 60 años).

Figura 1. Huerta Popular Martín “Oso Cisneros”. De fondo, mural del Oso Cisneros junto a Maximiliano Kosteki y Darío Santillán.



Fuente: imagen tomada durante el trabajo de campo (abril 2021).

Figura 2. Huerta Popular Martín “Oso Cisneros”.



Fuente: imagen tomada durante visita junto al Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (FFyL-UBA) y el Programa de Extensión de Huertas Escolares y Comunitarias (FAUBA) (noviembre 2022).

Movimiento Evita de San Isidro y el Polo Productivo Arenaza (San Isidro, Buenos Aires)

El Movimiento Evita nace como tal en 2006, de la convergencia de vertientes de la militancia de los años setenta, del peronismo justicialista y del movimiento piquetero de los años noventa, con el objetivo de conformar una base de sustentación del gobierno de Néstor Kirchner. Es una organización masiva de carácter nacional, con gran capilaridad territorial y alta capacidad de movilización, fundamentalmente en las barriadas del Gran Buenos Aires, cuyo objetivo es representar a “los últimos de la fila”. Los/as militantes se nuclean en función de su pertenencia al colectivo de jóvenes (Juventud Peronista Evita), mujeres (Frente de Mujeres Evita), estudiantes secundarios, diversos frentes de profesionales (Mesa de Economía, Centro de Estudios Laborales) y trabajadores de la economía popular, entre otros. Este último resultó ser una instancia fundamental de la organización que –como se relató anteriormente– derivó en el armado de la CTEP en 2011, junto con el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) y otro conjunto de movimientos populares. Su base social más importante se ubica en las barriadas de los distritos del Conurbano Bonaerense.

Dirigentes e integrantes del Movimiento Evita formaron parte de la gestión de los gobiernos kirchneristas, principalmente en la cartera de Desarrollo Social a nivel nacional, donde se destaca el ya mencionado Programa Argentina Trabaja, que le permitió al Movimiento desplegar una gran presencia territorial, pero al mismo tiempo con dificultades para el desarrollo de procesos productivos reales. Con esa experiencia, al volver el Movimiento Evita a la gestión del Ministerio de Desarrollo Social en 2019, se desarrolló otro programa denominado “Potenciar Trabajo” que le imprimió un sentido más productivo a la política social, contemplando además del complemento salarial para cada trabajador, la inversión en insumos, maquinarias e infraestructura para el desarrollo de procesos productivos de la economía popular (Ferrari Marengo, 2020). Una de las estrategias del Movimiento Evita para impulsar estos procesos fue el fortalecimiento de “polos productivos” en predios de grandes dimensiones. El Polo Productivo Arenaza, en la localidad de Boulogne, San Isidro, es reflejo de ello.

El predio donde funciona el Polo Productivo Arenaza tiene 15 has. de lo que antiguamente fuera la quinta de la familia Rolón, una de las familias pioneras de la zona en el siglo XIX. En 1937 el predio fue rematado y comprado por el Estado nacional (lo que entonces fuera la cartera de Desarrollo Social), en donde se sucedieron distintas instituciones abocadas a la guarda de huérfanos e infancias vulnerables, hasta 2006, cuando el predio quedó prácticamente en estado de abandono. Luego de un derrotero de disputas entre el gobierno nacional, el municipio y la Ciudad de Buenos Aires por el usufructo del predio, una parte se transformó en parque público y otra parte siguió en estado de abandono, generando problemas de inseguridad y contaminación en el barrio.

En 2017 el Movimiento Evita de San Isidro junto al MTE de esa zona, que conformaban la “CTEP Zona Norte”, definieron ocupar el predio (con algún tipo de autorización o acuerdo con el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación) a partir de lo cual se inició un trabajo para acondicionar las instalaciones del predio y organizar el trabajo de nuevas unidades productivas. Cada organización desarrolló sus propios emprendimientos por separado, compartiendo el espacio.

El Movimiento Evita de San Isidro puso en funcionamiento distintas unidades de trabajo orientadas a la producción de alimentos: la huerta-vivero, la chacra y el gallinero. Las restantes son el Espacio de Primera Infancia (EPI), como espacio de cuidado para las niñas de quienes trabajan en el predio; la cocina-comedor, que elabora comidas también para quienes trabajan en el predio; el grupo de mantenimiento; un espacio educativo de finalización de estudios secundarios; una cooperativa textil y una panadería. También funciona una vez por semana un puesto de venta directa de la producción primaria del predio. Al momento del relevamiento, trabajaban allí alrededor de 1.100 personas, divididas en diversos turnos, la mayoría de ellas, mujeres.¹⁷

Según las entrevistas realizadas, la posibilidad de hacer uso de un predio adquiere un sentido vital para el desarrollo del trabajo en la economía popular y, en particular, en la dinámica que ofrece la

17 Para un análisis de los procesos de subjetivación laboral de los trabajadores del Polo Productivo Arenaza desde una mirada de la economía social y solidaria, ver la tesis de maestría de García (2022).

generación de trabajo desde los programas sociales. Genera las condiciones para desarrollar diversos emprendimientos y sumar la mayor cantidad de compañeros posibles.

Armar un espacio para que los programas pudieran tener un espacio verdadero y real para que esos compañeros pudiesen percibir un salario [social complementario]. El trabajo ordena un montón a los programas sociales. Si no tenés un lugar donde prestar el servicio, es más difícil (entrevista realizada en febrero de 2023 a una referente del Movimiento Evita de San Isidro, mujer de entre 30 y 40 años, responsable política en el territorio).

Tal como señalamos, la implementación del Programa Argentina Trabaja había significado una mala experiencia que no se quería reeditar. No se habían podido desarrollar experiencias productivas, lo que terminó en una desmoralización y desmovilización de los compañeros (Longa, 2019). “Tener un lugar físico es muy importante para nosotros, porque si no tendríamos que andar por todos lados [...]. No queremos estar a la deriva” (entrevista realizada en marzo de 2023 a una referente del Movimiento Evita de San Isidro, responsable de las actividades de todo el predio, mujer de aproximadamente 30 años).

En relación a eso, las personas entrevistadas señalan la importancia de que allí las compañeras podían tener un espacio de cuidado para sus hijos, trabajar tranquilas, almorzar todos los días en el trabajo e irse con dos comidas “ya resueltas” a continuar la jornada. Estos cambios son percibidos como una mejora sustancial en las condiciones de trabajo y de vida logradas en esta etapa.

La “chacra” y la “huerta-vivero” fueron una de las primeras actividades que se iniciaron, a modo de consolidar el trabajo dentro del predio. El “gallinero” por su parte, se especializó en la producción de huevos de campo, funcionando como centro de cría del componente de granja del Programa ProHuerta.

En todos estos emprendimientos, los productos obtenidos se destinan, por un lado, a la cocina del Polo Productivo, también a los propios trabajadores y, si hubiese excedentes, se comercializan en la feria de los días viernes. En el horizonte, siempre existe la proyección de ampliar la producción para “hacer un puchito más” que complemente el ingreso de base.

En las entrevistas realizadas, se notó una gran valoración acerca de las posibilidades de aprender y formarse que brinda cada unidad productiva en el predio, dando lugar a que los compañeros “progresen” o aprovechen nuevas oportunidades (“nunca sabés para dónde puede derivar”).

Tal como señala García (2022) a partir del estudio de las subjetividades laborales presentes en los trabajadores del Polo Productivo Arenaza, se comprueba la emergencia de sentidos del trabajo que confrontan con la mirada hegemónica sobre estos sujetos, en tanto “planeros”, “vagos” y demás adjetivos denigrantes: “se vislumbran aconteceres de horizontes colectivos de lucha y de satisfacción de necesidades a partir del trabajo cooperativo popular como forma legítima de vida” (García, 2022: 134).

Figura 3. Sector “chacra” agroecológica del Polo Productivo Arenaza.



Fuente: imagen facilitada por la Luciana Alonso de INTA San Martín (2021).

Figura 4. Mural con el logo del emprendimiento avícola del Polo Productivo Arenaza.



Fuente: imagen tomada durante el trabajo de campo (marzo 2023).

La Cooperativa de Recicladores Urbanos del Oeste y el ecoparque de los recicladores (Caballito-CABA)

Esta tercera experiencia da cuenta de otro de los recorridos realizados por los trabajadores expulsados del mercado de trabajo durante los años noventa: los llamados “cartoneros”. El derrotero de la organización de este sector se fue dando al calor de diversas regulaciones estatales sobre la gestión de residuos urbanos en la Ciudad de Buenos Aires, fruto de los procesos de lucha que, de manera más o menos organizada, fueron dando visibilidad a la cuestión. Se abrió así un camino de reconocimiento y formalización del trabajo de los cartoneros como “recicladores” y luego “recuperadores” urbanos, dentro de las políticas de higiene urbana del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.¹⁸

Las tres organizaciones más importantes que representaron al sector fueron, por un lado, el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) que, como señalamos, emerge de la experiencia cartonera; la Cooperativa El Ceibo, por otro lado, y la Cooperativa de Recuperadores Urbanos del Oeste, vinculada al Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) de la Ciudad de Buenos Aires.

A diferencia del camino desarrollado por el MTE, orientado en la conformación de un sindicato nuevo para estos trabajadores reconocidos ahora dentro del sector de “economía popular”, la Cooperativa de Recicladores Urbanos del Oeste promovió el reconocimiento de la identidad de los recicladores como trabajadores estatales, a medida que se fue formalizando su función y, de esa manera, la representación sindical se vehiculizó a través del gremio Asociación de Trabajadores del Estado. No hay una identificación en este caso con la “economía popular” como nuevo sector del trabajo. No obstante, creemos que estos matices se deben a circunstancias coyunturales, que no invalidan a su inclusión dentro del universo de análisis.

A diferencia de los procesos relatados anteriormente, el trabajo de reciclado es originalmente un trabajo individual que realiza cada cartonero “en calle” y que tiene la venta en el mercado un componente importante.¹⁹ Es decir, el material reciclado tiene un valor de mercado y forma parte de una cadena productiva encargada de procesarlo para su reutilización. Actualmente, se procesan mensualmente 700 toneladas de material que son vendidos a la industria para su reciclado (Perfil, 27/5/2023).²⁰ A medida que pasaron los años, se fue promoviendo una lógica cada vez más cooperativa. La ocupación de galpones y predios desde donde procesar los materiales, hacer base, guardar los carros²¹ y disponer de un lugar donde compartir fue significando cada vez mejores condiciones de trabajo.

18 Se trata de la Ley N° 992 de 2003, que incorpora a los recuperadores urbanos en el sistema de recolección, creando un registro. Luego con la sanción de la Ley denominada “Basura Cero” en 2005, se promueve la participación de cooperativas de reciclado en la gestión de residuos, incorporando líneas de financiamiento específicas. Años más tarde se divide la gestión de residuos húmedos y secos, conveniando con las cooperativas de recuperadores urbanos la gestión de estos últimos, política que recién se efectiviza en 2013 (Tagliafico Schamber y García, 2015). Según las entrevistas realizadas, se reconoce la política de la ciudad en la materia, como “una política modelo”, basada en la co-gestión de una política pública entre el Estado y las organizaciones sociales.

19 Para ampliar sobre el tema, ver Maldovan Bonelli (2014) y Tagliafico et al. (2015).

20 Perfil (27/5/2023), *La transformación de un baldío de recicladores urbanos a un espacio verde, público y temático*. Recuperado de: <https://www.perfil.com/noticias/sociedad/la-transformacion-de-un-baldio-de-recicladores-urbanos-a-un-espacio-verde-publico-y-tematico.phtml>

21 Los “carros” son el artefacto principal mediante el cual el reciclador junta el material. Es traccionado a sangre por el propio reciclador, quien circula a pie por la calle.

En 2013, y como parte de esa búsqueda, la Cooperativa tomó un terreno lindero a las vías del ferrocarril Sarmiento en el barrio residencial de Caballito, al 1400 de la calle Yerbal, que se encontraba baldío. El objetivo era desarrollar un centro de acopio alternativo al que ya poseía la Cooperativa en otro barrio ubicado en una zona más periférica de la Ciudad (Villa Soldati), que les permitiese hacer base en la zona donde se realizaba la recolección propiamente, con mejor ubicación para el acceso de los trabajadores provenientes del oeste del conurbano. El terreno es parte de la traza del ferrocarril y, en consecuencia, propiedad del Estado nacional.

Inicialmente el predio funcionó como base para guardar los carros y pesar el material. A partir de 2015, con el cambio de gobierno nacional, la tenencia del predio empezó a verse amenazada, generando un cambio de escenario. Con el pretexto del supuesto inicio de las obras que llevarían a cabo el soterramiento de las vías del ferrocarril, el gobierno de la Ciudad, en acuerdo con el gobierno nacional, desplegó distintas iniciativas para desalojar a la Cooperativa. Como la obra finalmente no pudo realizarse, también cesaron los intentos de desalojo.

Este contexto fue el puntapié inicial para impulsar un proceso de revisión, no solo de la utilidad y funcionalidad del predio de Caballito, sino también de la organización de todo el sistema de recolección de los recicladores “en calle”, que se había iniciado al calor del aislamiento social obligatoria durante la pandemia.

El “parate” que significó la pandemia en 2020, al margen de lo traumático, permitió dar un salto cualitativo en relación con el uso del predio de Caballito. Se dio un debate en relación con la necesidad de diversificar las áreas de influencia de la Cooperativa, sumando nuevos emprendimientos que ofrecieran formación de oficios en distintos rubros (carpintería, confección textil, serigrafía, sublimado, terminalidad educativa, etc.), así como poder diversificar el trabajo y no quedarse solo con la recolección de residuos. Era una preocupación no poder integrar a aquellos trabajadores que por la edad y estado de salud no podían continuar con la tarea de recolección en calle.

Finalmente, se apuesta por el armado de una huerta modelo, un centro de compostado, un vivero y –a diferencia de los dos casos presentados anteriormente– un parque verde abierto al público. Una actividad completamente nueva para ellos, pero que –interpretaron– podía permitir reforzar la posesión del predio, al tiempo que contribuir con la aceptación del vecino de Caballito respecto de su presencia en el barrio, posicionándose desde un nuevo rol social como protagonistas de la política ambiental.

La inversión para el desarrollo de este ecoparque “de los Recicladores”, como se denominó, fue cubierta con fondos propios de la Cooperativa y asistencia técnica propia. En una instancia posterior, se realizó la articulación con el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. Las dimensiones del proyecto son muy superiores al promedio de experiencias de agricultura urbana en la Ciudad de Buenos Aires, sin dudas algo que llama la atención. Así como también el diseño “vistoso” que le imprimieron. Desde un punto de vista de política ambiental, el proyecto permite construir desde la práctica el ejercicio de la “economía circular”, destinando residuos tanto para la fabricación de compost y plantines, como para el armado de canteros.

Para el funcionamiento de cada área se convocó, por un lado, a los trabajadores exceptuados del trabajo “en calle” por motivos de salud y, por otro lado, a un conjunto de trabajadores que tienen experiencia en la producción de alimentos. El ecoparque cuenta con una laguna artificial, un monte de árboles nativos y corredores de especies autóctonas. En las visitas abiertas al público son los propios recicladores y recicladoras quienes ejercen de guía para recorrer las instalaciones del predio y transmitir desde su experiencia una mirada propia y popular del ambientalismo en la ciudad.

Figura 5. Vista del sector de huerta del Eco-Parque de los Recicladores.



Fuente: imagen tomada durante el trabajo de campo (diciembre 2022).

Figura 6. Vista al sector de plantas nativas y laguna del Eco-Parque de los Recicladores.



Fuente: imagen tomada durante el trabajo de campo (diciembre 2022).

Principales hallazgos del estudio

A modo de síntesis, el análisis de toda la información recolectada nos llevó a identificar tres dinámicas particulares, a partir de las cuales pudimos encontrar las respuestas a nuestra hipótesis.

Nos referimos, por un lado, a las dinámicas de restitución de lo común visibles en el papel clave de lo popular comunitario como relación social presente en estas economías y que resulta relevante durante esta etapa. Estas dinámicas –nunca en estado puro y en tensión permanente– están presentes en las experiencias analizadas, tanto en la recuperación de capacidades para usufructuar espacios y bienes comunes, como en la valorización presente del trabajo asociado a la reproducción de la vida colectiva, el despliegue de nuevas formas de autonomía y la desmercantilización de necesidades. A continuación, las formas más significativas encontradas:

- Restitución del saber cultivar la tierra: responde a la posibilidad de recuperar la memoria histórica vinculada a la producción de alimentos, la relación con la tierra y la práctica del cultivo que permitía a las comunidades rurales de antaño ejercer autarquía alimentaria. Un saber entendido como “bien común”, que por las migraciones urbanas y las lógicas del desarrollo capitalista fue expropiada del saber colectivo.
- Espacios y usufructos comunes como posibilidad de autonomía: se trata del ejercicio de un usufructo común sobre el espacio y sus recursos, una forma de territorialidad de lo común, que puede remitirnos a la “tierra no cercada” ni por el mercado ni por el Estado, pero delimitada como trinchera propia. Especial mención merece el modo en que el aislamiento obligatorio durante la pandemia del COVID-19 operó en la producción y usufructo de estos espacios, en clave de lo que podríamos llamar su “comunalización”. Mientras el Estado perdía territorialidad, o bien se reducía al despliegue de sus fuerzas de seguridad y control territorial, se dio un proceso de refuncionalización de espacios, orientado a la revisión de sus propias lógicas de trabajo y a tender lazos con la comunidad.²²
- Entre la producción y la reproducción: el trabajo comunitario. Nos referimos a los sentidos que intervienen sobre la categoría “trabajo” en las experiencias, así como también la idea misma de “lo productivo” asociado al concepto de trabajo. Mientras que en el capitalismo el trabajo se asume desde la productividad para el capital, y se escinde del trabajo reproductivo, al que se invisibiliza como tal y se lo reduce como espacio doméstico (confinando a las mujeres en los hogares), en las experiencias analizadas se observó una reconfiguración de estas fronteras. Aquí las tareas de cuidado vinculadas a lo reproductivo (la alimentación, el cuidado de ancianos, infancias, mujeres y lo ambiental) aparecen como un trabajo central de las economías populares, ya no sucediendo en un ámbito individual, sino en un espacio comunitario. Y resulta ser la reivindicación de esas tareas como un trabajo socialmente relevante el lugar de confluencia con las luchas feministas.

Por otro lado, encontramos que estas experiencias expresan un modo particular de ocupación del espacio como territorialidades de la defensa. Las economías populares vivencian y padecen un escenario de aumento de diversas formas de violencia, que impulsa el desarrollo de dinámicas de autodefensa y,

²² Dentro de las medidas de aislamiento social obligatorio, se definieron actividades que estaban exentas de la prohibición de circulación, por considerarse “actividades esenciales”. Las organizaciones sociales que realizaban actividades vinculadas a la atención de servicios alimentarios, como comedores y merenderos, o bien como la producción de alimentos, contaban con el permiso de circulación. La recolección de residuos reciclables no se consideró esencial en un comienzo, y luego se fue habilitando de manera gradual, pudiendo dar continuidad a sus actividades en los lugares de trabajo.

en ese sentido, las prácticas agrícolas contribuyen en una suerte de construcción de trincheras. Se trata de defender no solo el territorio para la reproducción común, sino también las conquistas logradas en veinticinco años de lucha.

La ocupación y despliegue sobre estos predios tiene que ver con la posibilidad de desarrollar instancias de producción y reproducción colectiva que, al mismo tiempo, funcionen como trincheras. Trincheras desde donde resistir y defender lo construido, desde donde resistir la embestida del poder sobre las poblaciones humildes y desde donde fortalecer el tejido social comunitario. Las prácticas agrícolas urbanas, en ese sentido, han sido una herramienta útil en clave de esta estrategia ya que permiten plantar bandera de manera ágil sobre terrenos de dimensiones importantes.

Por último, encontramos que ambas tendencias (la lógica de restitución de lo común y la territorialidad de la defensa) configuran economías de la resistencia, como aquellos procesos económicos que se orientan al sustento de la vida en contextos crecientemente adversos, pero desde una base organizada y colectiva, con capacidad de planificar estrategias para sobrellevar la contingencia. Lo comunitario cobra así un sentido político, y las prácticas de subsistencia, en lugar de economías de la pobreza, se tornan en capacidades para la defensa. Estas experiencias no solo están enfrentando el desafío de desarrollar “otra economía”, organizar las prácticas económicas bajo nuevos valores y ampliando la escala. Estas experiencias se enfrentan a dinámicas de dominación que buscan su desarticulación. Y, en ese sentido, a partir de lo observado, entendemos que existe una resistencia a esa posibilidad.

Comentarios finales

Los sucesos que ocurrieron inmediatamente después de finalizada la investigación entendemos que no invalidan lo que se pudo reflejar como imagen de un momento particular en el ciclo de más de veinte años de movilización social en torno al trabajo. En cierto sentido, la tendencia hacia la amenaza y persecución de estos movimientos se comprobaron ampliamente, así como la profundización del despojo sobre los trabajadores en nombre de un inevitable ajuste. No obstante, la emergencia de lo no visible hasta entonces nos presenta una serie de interrogantes a profundizar en futuras investigaciones.

En primer lugar, resulta imperioso comprender los motivos por los que este fenómeno de extrema derecha cuenta con amplio apoyo social, y especialmente de los sectores populares, destinatarios principales de las medidas de ajuste y achicamiento del Estado. A diferencia de la respuesta popular a la crisis de los noventa –que es el fenómeno aquí estudiado–, ¿cuáles son los motivos por los que frente a la crisis actual la salida es visualizada en rechazo hacia lo colectivo (“colectivismo”)? ¿Por qué la salida se visualiza hacia la extrema derecha? Más allá de los errores que efectivamente la experiencia “progresista” tuvo en estos años y que es necesario poner sobre la mesa,²³ ¿en qué medida existen dispositivos disciplinarios puestos en marcha que construyen subjetividades que refuerzan la fragmentación social y la disolución de los consensos democráticos que parecían irrevocables? ¿Son las redes sociales vehiculadoras de es-

23 Resulta propicio tomar los trabajos de Pablo Semán en este sentido.

tas subjetividades? Considero oportuno profundizar sobre la “guerra cognitiva” como doctrina militar actualmente puesta en marcha, basada en las formas de control de las emociones y el pensamiento del “enemigo”, y en qué medida se imprime sobre el disciplinamiento sobre el cuerpo social. ¿Al servicio de qué modelo de acumulación operan?

Un segundo aspecto consiste en seguir visibilizando la cuestión social derivada de la crisis del trabajo, que nuevamente se apartó del debate público. A la vía propuesta por los movimientos sociales, hoy emerge a la vista su contracara, esa economía informal promercado que resolvió la falta de acceso a un empleo asalariado desde un despliegue individual y meritocrático, sin apoyo estatal y bajo una racionalidad neoliberal (Gago, 2014). ¿Existen posibilidades de recuperar el empleo asalariado, como sigue proponiendo el peronismo más clásico? De asumir que no es posible por las condiciones históricas, ¿cuál es el destino que se le ofrece a más de la mitad de la población? ¿La mano invisible –y salvaje– del mercado informal, la asistencia *in-continuum* de las políticas sociales estatales, la promoción de formas comunitarias de resolver las necesidades para la vida y el bien común?

En tercer lugar, ¿en qué medida las estrategias de resistencia analizadas en este trabajo persisten o la avanzada fue de tal magnitud que venció las trincheras y defensas aquí descritas? Es innegable el “efecto estampida” que la violencia real, simbólica y económica producida sobre los movimientos sociales debilita sus espacios. También dejan visibles los flancos débiles que se venían gestando. En la investigación no pusimos el foco en esas contradicciones, si bien siempre dejamos en claro de su existencia, porque el propósito era hacer foco en aquellas pistas que nos permitieran proyectar horizontes transformadores frente a esta crisis civilizatoria. En ese sentido, ¿cuáles son los balances necesarios de estos veinticinco años? ¿Cuáles son los elementos para reorientar estrategias en este nuevo contexto? Seguramente sea una tarea a realizar fundamentalmente desde los propios sujetos y experiencias políticas, a los que la academia pueda contribuir desde una perspectiva de coconstrucción del conocimiento.

Un último punto que considero oportuno profundizar, desde una perspectiva prospectiva, es si esta crisis múltiple que se devela con el auge de las extremas derechas, y que refiere al cuestionamiento de los consensos democráticos alcanzados hasta el momento, instalando la crueldad como forma validada de sociabilidad, cristaliza el antagonismo con las formas de “lo común” como alternativa. Ante la expulsión y despojo que se evidencian y continuarán ejerciendo sobre las mayorías, ¿será el tiempo de la construcción de nuevas trincheras, nuevas territorialidades, esta vez alejadas de las megalópolis y sus dispositivos de control? ¿Serán las disputas por el territorio y la construcción de dinámicas de sociabilidad de lo común los escenarios de futuros conflictos? ¿Es la recuperación del lazo social real alejado de las plataformas virtuales una llave para enfrentar el aislamiento y la pérdida de empatía?

En ese sentido, creemos que la investigación realizada nos brinda elementos suficientes para encontrar en estas experiencias la presencia de “horizontes comunitario-populares”, en el sentido que nos plantea Gutierrez Aguilar, como medio y proyecto de replantear las relaciones sociales en los tiempos venideros.

Referencias bibliográficas

- Argentina, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (2012). *Agricultura Urbana y Periurbana en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Creación de la Estación Experimental Agropecuaria AMBA*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Argentina, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (2019). *Desarrollo de Sistemas Agropecuarios Urbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires. Plataforma de Innovación Territorial (PIT)*. Buenos Aires: Documento interno de la Estación Experimental Agropecuaria AMBA del INTA.
- Castel, R. (2002). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Chena, P. (2017). La economía popular y sus relaciones fundantes. En E. Pérsico, F. Navarro, M. Navarro, A. Geandet, A. Roig y P. Chenaeds.). *Economía popular. Los desafíos del trabajo sin patrón*, 141-159. Buenos Aires: Colihue.
- (2020). Economía popular: un modo de producción que puja por desarrollarse. *Revista Realidad Económica* (351), 9-32.
- Coraggio, J. L. (2004). *De la emergencia a la estrategia. Más allá del alivio a la pobreza*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- (2010). Pensar desde la perspectiva de la economía social. En R. Cittadini et al. (comps.). *Economía social y agricultura familiar. Hacia nuevos paradigmas de intervención* (29-106). Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Coraggio, J. L. y Loritz, E. (2022). *Economía popular y economía social. Entre la emergencia y la estrategia*. Buenos Aires: Ciccus.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- (2022). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ferrari Mango, C. (2020). *Del “desmantelamiento” a la “reconstrucción” desde la política social: el Potenciar Trabajo*. *Revista Movimiento*, (24), 97-101. Recuperado de <http://www.revistamovimiento.com/politicas/del-desmantelamiento-a-la-reconstrucc>
- Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Gago, V. (2014). *La Razón Neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- (2016). *Diez hipótesis sobre las economías populares*. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, *Revista Nombres*, (30), 177-196. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/view/21240>
- (2017). *Intelectuales, experiencia e investigación militante: Avatares de un vínculo tenso*. Fundación Foro Nueva Sociedad; Nueva Sociedad (268), 65-76. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/intelectuales-experiencia-e-investigacion-militante/>

- (17 de mayo 2018a). *Lo común en disputa. Clase 1*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=VwQDtD6JvNI>
- (17 de mayo 2018b). *Lo común en disputa. Clase 2*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=9WkCoKJ6Li4>
- Gago, V. y Mezzadra, S. (2015). Para una crítica de las operaciones extractivas del capital. Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización. *Nueva Sociedad* (255), 65-76. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/para-una-critica-de-las-operaciones-extractivas-del-capital-patron-de-acumulacion-y-luchas-sociales-en-el-tiempo-de-la-financiarizacion/>
- García, M. M. (2022). *La CTEP-UTEP y la irrupción de los trabajadores de la economía popular como sujetos de derecho. Análisis de los procesos de subjetivación en el Polo Arenaza*. (Tesis de Maestría), Universidad Nacional de General Sarmiento. Los Polvorines. Recuperado de <http://repositorio.ungs.edu.ar/handle/UNGS/1375>
- Gallardo Araya, N. L. (2012). *La agricultura en la ciudad de Buenos Aires* (ponencia). VII Jornadas de Sociología de la UNLP. La Plata. Recuperado de https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1916/ev.1916.pdf
- (2016). *Huertas urbanas en contexto. La cuestión ambiental en la Ciudad de Buenos Aires*. (Tesis de doctorado). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Recuperado de <https://repositorio.ungs.edu.ar/handle/UNGS/320>
- Gorz, A. (1997). *Metamorfosis del trabajo*. Madrid: Editorial Sistema.
- Gutierrez Aguilar, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estadocéntricas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- (2019). Común, ¿hacia dónde? Metáforas para imaginar la vida colectiva más allá de la amalgama patriarcal-capitalismo y dominio colonial. En AA.VV., *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida*, 79-93. Madrid: Traficantes de sueños. Recuperado de https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL_Apantle_web.pdf
- Gutierrez Aguilar, R. y Salazar Lohman, H. (2019). Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la transformación social en el presente. En AA.VV., *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida*, 21-44. Madrid: Traficantes de sueños. Recuperado de https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL_Apantle_web.pdf
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Editorial AKAL.
- Hopp, M. V. (2018). *De la promoción del trabajo cooperativo al Salario Social Complementario: Transformaciones en la transferencia de ingresos por trabajo en la Argentina*. Universidad Nacional de Tres de Febrero; Ciudadanías; (2) 5-2018; 113-142. Recuperado de <https://revistas.untref.edu.ar/index.php/ciudadanias/article/view/535>
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Madrid: Amorrortu.
- Lazzarato, M. y Alliez, É. (2021). *Guerras y capital. Una contrahistoria*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Longa, F. (2019). *Historia del Movimiento Evita. La organización social que entró al estado sin abandonar la calle*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Maldovan Bonelli, J. (2014). *De la autonomía a la asociatividad: la organización del trabajo cartonero "en calle" en cooperativas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Revista del Centro

- de Estudios de Sociología del Trabajo, (6), 73-109. FCE-UBA. Recuperado de <http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/CESOT/article/view/643>
- Maldovan Bonelli, J. (2018). *Economía Popular. Debate conceptual de un campo en construcción*. Universidad Metropolitana del para la Educación y el Trabajo (UMET). Recuperado de https://citra.org.ar/wp-content/uploads/2019/12/2018_LIBRO_PEPTIS-cuadernillo-1_
- Maldovan Bonelli, J.; Fernandez Moujan, L; Ynoub, E. y Moler, E. G. (2017). *Los descamisados del siglo XXI: De la emergencia del sujeto trabajador de la economía popular a la organización gremial de la CTEP (2011-2017)*. Universidad Nacional de Avellaneda; Revista Cartografías del Sur, (6), 41-64. Recuperado de <https://doi.org/10.35428/cds.vi6.87>
- Marx, K. [1859] (1981). *Prólogo a la Contribución de la crítica a la economía política*. México: Siglo XXI.
- Mazzeo, M. y Stratta, F. (2021). *¿Qué es la economía popular? Experiencias, voces y debates*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- Moreira Slepoy, J. (2020). Los mundos de la otra economía y la relevancia de las identidades políticas. En J. Moreira Slepoy y H. R. Serra (coords.), *La construcción política de las otras economías en la Argentina posbienestarista*, 11-49. Villa Allende: Editorial Los Ríos.
- Muñoz, M. A. y Villar, L. I. (2017). Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP en la CGT). Entre la organización sindical y el conflicto político-social (Argentina, 2011-2017). *Crítica y Resistencias*, (5), 22-52. (pp. 11-49). Villa Allende: Editorial Los Ríos. Recuperado de https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.13324/pr.13324.pdf
- Pérsico, E. y Grabois, J. (2015). *Trabajo y organización en la economía popular*. Buenos Aires: CTEP-Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular.
- Polanyi, K. ([1944] 2007). *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Roig, A. (2017). Financiarización y derechos de los trabajadores. En E. Pérsico et al. (eds.), *Economía popular. Los desafíos del trabajo sin patrón*. Buenos Aires: Colihue. 87-101.
- (20 de diciembre de 2020). *Conceptos fundamentales de la Economía Popular*. [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=qp08ijFp_LE
- Segato, R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas de Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Semán P. (2023). *Está entre nosotros*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Stake, R. E. (1999). *Investigación con estudio de casos*. Madrid: Ediciones Morata
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- (2016). Lenguajes de valoración, territorialidad y bienes comunes en la lucha contra el extractivismo en América Latina. En J. L. Coraggio (org.), *Economía social y solidaria en movimiento*, 159-176.. Los Polvorines/Quito: UNGS/IAEN/CLACSO/D&R.
- (2020). *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Tagliafico, P. J.; Schamber, P. y García, A. (2015). *Organización del trabajo y surgimiento de formas asociativas entre los recolectores de residuos reciclables: el caso de la Cooperativa de Recuperadores Urbanos del Oeste en la Ciudad* (ponencia).. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://cdsa.academica.org/000-061/535>
- Tokatlian, J. G. (Julio de 2018). *El gobierno argentino y la Doctrina de Inseguridad Nacional*. Nueva Sociedad. <https://nuso.org/articulo/el-gobierno-argentino-y-la-doctrina-de-inseguridad-nacional/>
- Vázquez, G. (2017). Antecedentes de la noción de economía popular: La perspectiva coraggiana. *Universidad Nacional de Avellaneda, Revista Cartografías del Sur*, (6). 98-110., Wallerstein, I. (1998). *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*. México: Siglo XXI.
- Yin, R. K. (1994). *Case Study Research. Design and Methods*. Thousand, Oaks: SAGE.